

LA TRAYECTORIA POÉTICA DE JOSÉ LUIS CANO

Raquel Díaz López / Licenciada en Filología Hispánica.

A lo largo de su trayectoria poética, José Luis Cano toca temas existenciales reflejados la mayoría de las veces en un paisaje subjetivo que le corresponde. Intenta expresar todo su sentir desde su propio interior dialogando con el paisaje, con Andalucía, el Sur, el mar..., a través de la poesía. Ésta es una ventana al pasado y gracias a ella recuerda y ve y siente de nuevo a Yaya, su bahía y su Peñón. No sólo va a recordar momentos de felicidad con gran nostalgia, sino que llegarán a su memoria momentos como los vividos en la cárcel de Escopeteros en el verano del 36.

Todo lo vive de nuevo pero desde lejos, en Madrid, donde se ha asentado, y desde allí sin el mar, sin la cárcel, sin la soledad de Escopeteros, piensa en su juventud y en la fugacidad de la vida. Intenta recobrar su paraíso mediante la palabra, pues mientras escribe, vuelve a vivirlo. Sabe que nada puede ser igual. Ahora el dolor y la muerte que un día inundaron su poesía se puede ir transformando en belleza a través de la palabra y en felicidad poética. Toda nostalgia y todo recuerdo se transforma en verso. Partiendo de las vivencias, él crea poesía sobre una emoción recordada en calma; ya pasada la vivencia o embriaguez el poeta rememora. Su creación poética no es inmediata, es el recuerdo y la emoción en calma, con ello se gana un perfeccionamiento de la imagen al poderla depurar y se puede cincelar el verso. Esto recuerda a lo que Wordsworth hacía con su poesía, dejaba reposar la emoción y luego la plasmaba sobre el papel.

Quizás los *Sonetos de la Bahía*, por ejemplo, o *Las Alas Perseguidas* no sean la rememoración de un día concreto, sino la ilusión de un día ideal en el paraíso. Quizás pocos días fueron buenos; podrían ser muchos días o momentos buenos en uno, como Platero no era un solo Platero.

Comunicaciones

A. EL MAR

Nacido en Algeciras, aquí donde el Mediterráneo y el Atlántico se abrazan y siendo ésta una ciudad pesquera, es indiscutible la importancia que tiene el mar dentro de la poesía. Es uno de los motivos más mencionados, más descritos y recordados por Cano desde Madrid, allá donde le queda tan lejos. El mar aparece en *Sonetos de la Bahía*. En su primer libro aparece el mar fundido con el amor; juntos nos dan el argumento único e indiscutible del libro: su infancia.

“Cuatro sonetos al Peñón”: se conjugan forma y contenido describiendo su interior. José Luis Cano traslada al paisaje su melancolía y su deseo de retorno.

Pudo ser este recuerdo del Peñón y la bahía argumento para un poema épico al estilo de la poesía heroica de los “garcilasos”, pero prefirió describir su interior basándose en el mar y el Peñón, a reivindicar la soberanía española sobre Gibraltar. Como cano decía: “*En aquella época -1916, 1917- Algeciras y Gibraltar, al contrario de lo que ocurre ahora, tenían buenas relaciones y eran frecuentes las familias algecireñas que vivían en la Roca. Algunas tenían ascendencia inglesa, como mi madre, cuyo bisabuelo era inglés [...]. Mi madre solía llevarme a Gibraltar una vez por semana*”. Esto era su infancia.

Los sonetos escritos desde el intimismo y la melancolía despiertan cierto neorromanticismo presente, por ejemplo, en Cernuda. Cano entronca con los poetas andaluces como Herrera, Bécquer, Machado o Juan Ramón Jiménez.

El recuerdo del Estrecho como paisaje -visto desde la madurez con nostalgia de niño- comienza en los primeros sonetos.

*“Las aguas del Estrecho, en su camino,
bañan tus rubios pies de espuma erguida”.*
*“Esa alondra de niebla que sostienes
sobre el hálito malva de tu cima,
esa guirnalda matinal que arrima
un levante purísimo a tus sienas”.*

Poco a poco, él aparece dentro del poema. Ya utiliza el paisaje para describir sus sentimientos.

*“Si tu amor busco a solas, entregado
a un éxtasis errante y sin conciencia
no sé qué resplandor de adolescencia
unge mi piel, ya siempre a tu cuidado”.*

Cano personifica el mar y al peñón y mantiene un diálogo con ellos, con él mismo en *Sonetos de la Bahía* y *Las Alas Perseguidas*. En *Las Alas Perseguidas* continúa la misma línea: la nostalgia del paisaje del sur y la alusión directa o indirecta al mar de la bahía con perspectiva temporal. Este libro fue publicado después de *Voz de la muerte*, pero sus poemas pudieron haber sido escritos antes, de ahí la coincidencia temática de ambos. Sin embargo, mientras que en su primer libro sólo escribió sonetos, aquí en *Las Alas Perseguidas* hay una tendencia al verso libre y al romance.

De nuevo, junto al paisaje del Sur está el tema del amor. El amor ahora es tratado desde una perspectiva melancólica y relacionado con la fugacidad de la vida y el paso del tiempo:

*“te busqué en ese mar sobre el que ahora sollozo,
sus espumas clavándome todas sus blancas flechas
y te busqué en el cálido corazón de ese pozo
desde donde la vida ocultamente acechas”.*

Mantiene vivo el recuerdo de la juventud perdida, regresa al paraíso perdido desde la calma, desde la serenidad, pero taciturno y desgarrado por la imposibilidad de recuperar aquellos días.

El mar va tomando otras connotaciones, otros rasgos que lo tornan amargo. Poco a poco se va pasando del mar como recuerdo al mar que irá identificándose con la muerte, como en Machado, Cernuda o Aleixandre. La identificación mar-muerte es antiquísima y ha recorrido la historia de nuestra literatura desde Jorge Manrique. Esos rasgos son el cansancio de vivir, el tedio, la amargura, el desarraigo del mundo.

Cano cambia de escenario en su cuarto libro; ahora no evoca el mar de la bahía, sino que recuerda el mar de Málaga, allí donde conoció y admiró a Emilio Prados.

Sin embargo, este libro vuelve a tener como rasgo principal la nostalgia, el recuerdo, pero cada vez éste se hace más sereno, más pausado, más relajado; llega a ser contemplación, éxtasis. El poeta vuelve a fundirse en el paisaje; pero ahora su soledad y su hastío de vivir se sienten acompañados. El mar no es ahora el eje sobre el cual gira el paisaje. El otoño, la ciudad, los carteros, los besos y hasta Madrid -el presente en el que vive- le quitan su hegemonía. El mar de la niñez es recordado con calma; el hastío hace que el conformismo invada su ser y no sufra por lo que ha perdido:

*“Perdí aquel mar, y aquel afán eterno de en él perderme y olvidarme.
Perdí más: a mi madre, pero tengo la rosa oscura de tus labios [...]
Sí, perdí mi bahía, donde el tiempo no parecía existir sino soñado.
Unos sueños perdí, pero te tengo y contigo a tus labios”.*

La desesperación de la fugacidad del amor le lleva a rememorar la bahía. Se siente solo, lo ha perdido todo, hasta la fe:

“¿Perdí a Dios? Una noche sentí oscura la soledad, la muerte entre los brazos”.

En el capítulo XX de su autobiografía *Los Cuadernos de Adrian Dale*, Cano escribe: “Adrián le confesó la verdad: que él perdió la fe desde que tenía quince años, en Málaga, influido por la lectura de los escritores del 98 y por sus compañeros del Instituto”.

En *Luz del tiempo* recuerda a su amigo Emilio Prados que acaba de morir ese mismo año (1962), aunque lo perdiera en 1939 cuando se exilió a Méjico.

De fondo las playas malagueñas, punto de unión de los dos amigos, compartiendo su papel con la ciudad y el otoño. Aquí el mar es paisaje. El mar ha dejado paso a los problemas de la fugacidad de la vida y la muerte.

El mar poco a poco se va aplacando, fue bravío en *Sonetos de la Bahía* y ha ido calmándose a lo largo de sus obras, dejando paso al tiempo, la muerte (con la que llega a identificarse en algún momento), la soledad, el cansancio de la vida. Nunca llega a desaparecer del todo, el mar permanece en su memoria aunque sumergido entre el ruido y el asfalto de la ciudad.

B. EL AMOR

Cada vez que Cano recuerda la bahía, el sur, el Rinconcillo y muy especialmente recuerda a “Yaya” (Mari Pepa Díez, “mi amor del Rinconcillo”) a quien está dedicado *Sonetos de la Bahía*. “Yaya” fue el amor de su juventud en Algeciras. Con ella bailaba valsos, bebía manzanilla y paseaba por la playa. Es, sin lugar a dudas, parte fundamental de su paraíso, el paraíso de la juventud que lo angustia porque no puede recuperarlo. Es la nostalgia de lo vivido lo que intenta recuperar evocando en su poesía aquellos momentos.

Comunicaciones

En *Sonetos de la Bahía*, Cano dedica explícitamente dos poemas a Yaya; uno de ellos es “La novia embriagada”, y el otro “Yaya”. La infancia, el mar y el amor pertenecen a un mismo paraíso que recrea desde Madrid. Los rasgos que hacen vibrar estos poemas son intimistas, melancólicos y neorrománticos, influídos por el mismo Bécquer. En estos sonetos, el amor cobra sentido nostálgico también en el mismo paisaje de la bahía.

Yaya fue su primera novia algecireña. El Rinconcillo era el lugar donde José Luis y Yaya se citaban para arrullarse después en el parque María Cristina:

“La playa de Los Ladrillos estaba siempre desierta a esa primera hora de la tarde. La gente prefería la del Rinconcillo, más amplia y limpia, a aquel pequeño rincón playero de algas podridas y broza muerta, a donde la marea dejaba a veces un pobre perro ahogado de varios días, con el vientre hinchado y sucio [...]. Era ese absurdo rincón de playa, que en tiempos de nuestras abuelas había estado de moda, el que habíamos escogido Yaya y yo para nuestras caricias”

YAYA

“Ni ya te oirán, alegres, los chaveas del Rinconcillo amargo, cuando dabas tu jubiloso grito a la bahía”.

EL AMOR MUERTO.

“Me iré, si no, a buscarte en mi chalupa por la triste bahía, alegremente, a ahogar la soledad que a tí me lleva”.

En “*Voz de la Muerte*” vuelve a aparecer el tema del amor; como fruto de la soledad aparece la reflexión del amor como algo fugaz. El paso del tiempo impide la plenitud del amor y la expresión más clara del paso del tiempo nos la pueden dar estos versos:

*“Sé que pronto morís en el amante pecho.
¿Qué sois para los ojos que os amaron un día?
Gota seca de olvido, muerte, sombra de nada.
Así sois cuando un labio vuestros nombres olvida”.*

Así ocurre en “*Oda a la broza marina*”. El recuerdo de estos días felices deja entrever la posibilidad de una esencia que permanezca al tiempo implacable. Esto sucede cuando el entorno está configurado por el paisaje del Sur. En *Sonetos de la Bahía* el amor se concreta en Yaya, a ella recuerda y ella junto con el mar son su juventud y su paraíso:

“Aquella tarde la lluvia de otoño se convirtió en verdadero diluvio y tú, Yaya -¿te acuerdas?- empezaste a correr vertiginosamente por la orilla [...]. Nos refugiamos bajo las grandes rocas de los acantilados, donde tenían sus nidos los abejarucos de aquella pequeña parte de la bahía. En aquella pequeña cueva que formaban las rocas, te echaste para atrás la capucha del impermeable, y tu rostro mojado por la lluvia tenía la dorada limpidez de la arena cuando el mar la abandona al bajar la marea en los atardeceres playeros. Sorbí el agua de tus labios y tus mejillas tenían un dulce frescor de nieve [...]. Yo no hubiera cambiado aquellas tardes de los ladrillos por nada del mundo.”

Ahora, en “*Voz de la Muerte*”, el amor es abstracto, no se representa, Yaya ya se ha ido porque el paso del tiempo se lo arrebató. Nada permanece.

Rememora su adolescencia en un poema que trata del recuerdo de un hombre que ve pasar junto a él a su vida como una sombra; es la bella edad perdida. Podemos recordar al propio Rubén Darío cuando cantaba aquello de “*Juventud divino tesoro...*”

*“Y absorto como un niño contemplabas
la sombra de tu vida
que desplegaba misteriosamente
su ala pálida y fría”.*

En *“Las Alas Perseguidas”* aparece de nuevo la nostalgia del Sur relacionado con el amor. El amor continua en la línea de *“Voz de la Muerte”*, abstracto, melancólico, imposible y sobre todo tratado directamente con la fugacidad de la vida y el rápido paso del tiempo. Todo va perdiendo poco a poco su base concreta y firme, se evapora y llega a ser tan etéreo que se abstrae hasta pasar a una dimensión casi mística. Por ello, podemos justificar de nuevo que *“Las Alas Perseguidas”* no es una continuación de *Sonetos de la Bahía* porque ha habido evolución en la concepción del tema del amor y se toca el *“taedium vitae”*, y su propio destierro del mundo.

Con respecto a la métrica, Cano no puede someter sentimientos tan hondos a unas reglas tan severas como las del soneto. Tiene que expresar libremente. Lo que ya es complicado de por sí, lo “extasioso” y místico que hay en su interior.

En *Otoño en Málaga* aparece la idea de la fugacidad del amor, tema discordante dentro del paraíso nostálgico de Málaga. No es el amor un tema principal en este libro. La importancia de la muerte, el dolor y la soledad desbanca a la idea de amor que aparece, sin embargo, relacionada con la soledad; para Cano la soledad podía llegar a sentirse como ternura. El paisaje otoñal es reflejo de su interior; no sólo el mar, sino también Málaga como ciudad ocupa su lugar. Madrid aparece por primera vez en su obra; Cano viaja hasta el presente y ama la ciudad con la que llega a identificarse: *“llueve en la ciudad como llueve en mi corazón”*. Verlaine también se identificaba con la ciudad, en este caso París.

En el poema “Tengo tus labios” recuerda su juventud perdida; si la bahía se identifica con Yaya, al menos no la nombra, puede permanecer subyacente en el recuerdo pues Algeciras era ella pero evita hacerlo explícito.

El amor como cariño aparece al final de su libro. Son cuatro sonetos a su hija Teresa, es algo concreto, una emoción presente que puede ser sometida a reglas. Vuelve a ser romántico y por primera vez no habla como poeta, como hombre hastiado, como enamorado sino como padre.

En *Luz del tiempo* el amor no aparece como tema pues es el tiempo lo que preocupa al poeta. Sin embargo, rememora y trae al presente a su amigo Emilio Prados al que admiraba profundamente. Evoca la Málaga de su juventud, él siendo un niño aún y penetrando poco a poco en la poesía de mano de su amigo Prados.

C. LA MUERTE Y LA FUGACIDAD DE LA VIDA.

Tema fundamental de su segundo libro. Cuando escribe *Voz de la muerte* recuerda la cárcel de Escopeteros, en la guerra, al empleado de correos, socialista:



José Luis Cano en una foto tomada a principios de los años ochenta.

“El caso que más apenó a Adrián Dale fue el de un amigo suyo [...]. Cuando se levantó al oír su nombre, rápidamente sacó una navaja con la que intentó cortarse las venas del cuello. Lo llevaron en una camioneta al hospital para curarle las heridas y cuando al mes estaban curadas, lo llevaron de nuevo a Escopeteros para ir al día siguiente al paredón. Pero cuando bajaban la escalera del hospital, el amigo de Adrián se tiró desde el tercer piso al espacio, y en la caída se partió las dos piernas. Nueva estancia en el hospital: esta vez, dos meses. Y una vez curadas, a la tercera va la vencida. Al día siguiente, el amigo de Adrián fue llevado derecho al paredón.”

Cano recuerda al espiritista que hablaba con su hijo muerto y recordaba los poemas que aquél, en sueños, le recitaba.

En éste su segundo libro, la muerte es vivida de cerca; en *Las Alas Perseguidas*, Cano escribe tres sonetos elegíacos: “A Miguel Hernández”, “A la muerte de Manolete” y “Un espejo en la oscuridad” -éste dedicado a Charles David Ley-. Escritos estos tres poemas en una estrofa de corte elegíaco, pero especialmente el de Hernández pues fue una gran escritor de sonetos.

En *Luz del tiempo* Cano rememora a Emilio Prados en tres poemas. Rescata la memoria poética y sentimental de su amigo. Entronca este recuerdo con la guerra y la cárcel que él sufrió en 1936.

El tema del tiempo describe una línea ascendente dentro de la trayectoria poética de Cano. Llega a su clímax en *Luz del tiempo*. Este libro es una continuación de *Otoño en Málaga*. Es un tiempo implacable pero serena y dora los recuerdos.

Cano ve que el tiempo se “escapa más deprisa”, recuerda qué fue de su vida, quiere volver y recuperar todo, pero ya no podrá ser. Todo ello envuelto por la tristeza, la melancolía y la soledad. De nuevo relacionado con el paso veloz del tiempo reflexiona acerca de la fugacidad del goce del amor:

*“[...] tiempo ya gris que empaña la
hermosura cuando empieza a dar fruto, y más erguida
arde su luz, y duele más perderte?”.*

El paso del tiempo es visto también como inevitable y tranquilamente y en calma lo contempla a través del paisaje. Este tema visto de las dos maneras es monográfico en su libro.

D. LA SOLEDAD, EL TEDIO Y LA TRISTEZA.

La soledad aparece junto con la muerte en su segundo libro *Voz de la Muerte* por primera vez. La explicación de este tema atiende a un contexto existencialista.

Dámaso Alonso publica *Hijos de la Ira*, un dramático diario íntimo, como respuesta a la poesía heroica y triunfalista alentada por el Régimen. Y como testimonio angustioso de la primera década de posguerra, surgen otras líneas poéticas inspiradas en uno de los hitos literarios centrales de la poesía española de posguerra. *Hijos de la Ira* puede servirnos como imagen sintética de los diferentes matices de una misma línea poética, denominada neorromanticismo, neomisticismo, tremendismo o simplemente “poesía desarraigada”.

Para los poetas desarraigados, el mundo es un caos y un absurdo. Este caos solo tendrá una salida fundamental: la rehumanización poética.

En *Las Alas Perseguidas* un tema fundamental es el *taedium vitae*, el cansancio de vivir, el desarraigo, la amargura y la fatiga son características del Cano que se siente como un desterrado de este mundo. El poeta piensa en otro paraíso. La alusión al cansancio es constante en el libro.

La figura poética del destierro se ve en un poema en el que se desarrolla la idea de la contemplación tomando como base la oposición cuerpo-alma. Se narra un viaje hacia la libertad, pero un viaje imposible: el alma se encuentra encadenada al cuerpo, el cuerpo es la cárcel del alma; la oposición cuerpo-alma pesa en la tradición desde Platón y la religiosidad cristiana, como ejemplo San Juan de la Cruz.

En *Otoño en Málaga* la tristeza y el tedio se contemplan desde una perspectiva pausada y en calma, y se transforman en poesía.

BIBLIOGRAFÍA

- CANO, J.L.: *Los Cuadernos de Adrián Dale*; Madrid, Orígenes, 1991.
CANO, J.L.: *Otoño en Málaga*; Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1985.
CANO, J.L.: *Poetas (1942-1962)*; Barcelona, Plaza & Janés, 1964.
GARCÍA DE LA CONCHA, V.: *La Poesía Española de 1935 a 1975*; Madrid, Cátedra, 1987.
GUERRERO, A.: *De Sonetos de la Bahía a La España de Bonafoux*; Algeciras, Fundación José Luis Cano, 1991.
LUÍS, Leopoldo de: "Poesía de José Luis Cano", en: *La Ínsula sin nombre*; Madrid, Orígenes, 1990.

